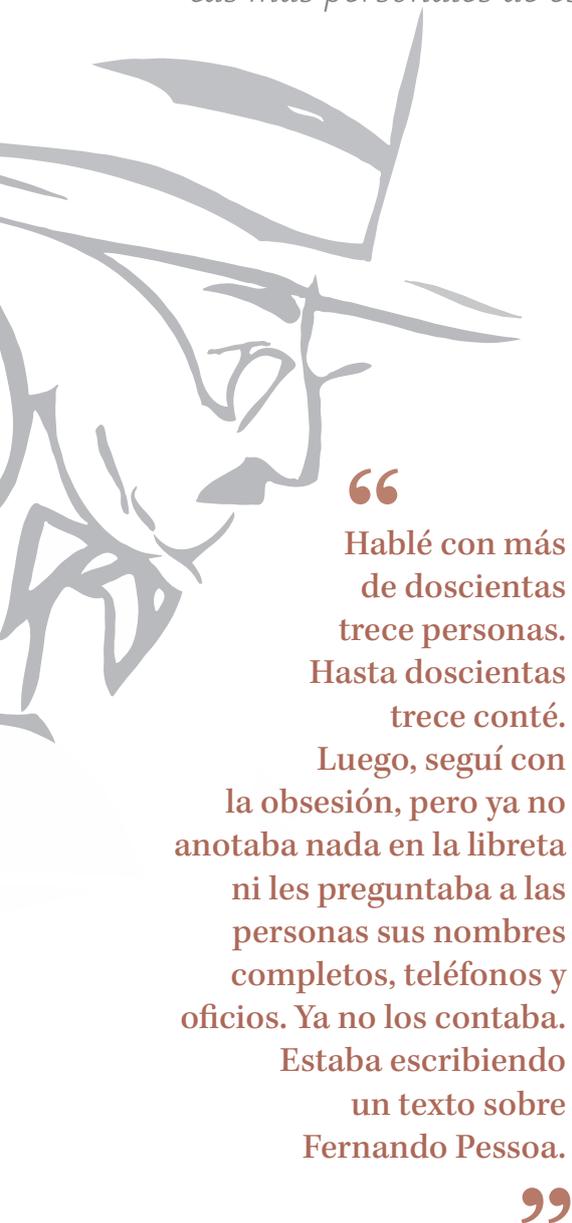


# La mirada traductora

SABRINA DUQUE

*¿Qué hay detrás de una crónica? ¿Cómo es la mirada del cronista? Este género, que tanto auge ha tenido en las últimas décadas, cuenta en nuestro país con sobresalientes practicantes. Sabrina Duque, destacada cronista ecuatoriana, autora de Lama (2017) y VolcáNica (2019), colaboradora en varios medios de prensa como Folha de S. Paulo, Internazionale, El Malpensante y Eldiario.es, comparte su experiencia y sus reflexiones sobre las características más personales de este género proteico.*



“  
**Hablé con más de doscientas trece personas. Hasta doscientas trece conté. Luego, seguí con la obsesión, pero ya no anotaba nada en la libreta ni les preguntaba a las personas sus nombres completos, teléfonos y oficios. Ya no los contaba. Estaba escribiendo un texto sobre Fernando Pessoa.**

”

**E**n el verano de 2013, caminaba por las calles de Lisboa con una obsesión: le pedía a las personas que encontraba que me contaran quién había sido Fernando Pessoa. Me bajaba en la estación Baixa-Chiado y entraba en la tienda de manteles Paris em Lisboa a preguntárselo a las dependientas. Hacía calor. Iba a la heladería Santini y, después de comprar un cono de pistacho, conversaba con los clientes y hacía la misma pregunta. Al día siguiente, se lo preguntaba a la cajera del supermercado, mientras pasaba la tarjeta de crédito para pagar mi cuenta. Una semana después, a un muchacho que entrenaba para entrar en el equipo portugués de esgrima, a la salida de su colegio. Policías. Dentistas. Meseros. Abogados. Floristas. Activistas. Filólogos. Verduleros. Vendedores de recuerdos. Carniceros. Bibliotecarios.

Hablé con más de doscientas trece personas.

Hasta doscientas trece conté.

Luego, seguí con la obsesión, pero ya no anotaba nada en la libreta ni les preguntaba a las personas sus nombres completos, teléfonos y oficios. Ya no los contaba.

Estaba escribiendo un texto sobre Fernando Pessoa y se me antojaba que era como escribir sobre muchas personas, de tantas firmas que él se inventó en vida, de tanta obra escrita bajo la identidad de sus heterónimos. Así que empecé a buscar las versiones que existían sobre él entre los lisboetas. El recuerdo que había dejado. Unos hablaron de un hombre serio, adusto, un genio incomprendido. Otros dijeron que lo admiraban y luego admitieron que no lo habían leído. Una más, su sobrina, me habló de un tío medio payaso que le daba monedas para



que bajara a comprar chocolates. Hablar con tantos, preguntar tanto, más allá de implicar el uso intensivo del oído y el habla, terminó por ser un ejercicio de mirada. De visión y de comprensión.

Quería *ver* cómo *veían* los lisboetas al poeta. Y a través de tantas preguntas a más de doscientas personas —y de ver viejos documentales donde entrevistaban a sus amigos y leer varios ensayos de quienes han dedicado su vida a estudiarlo—, concluí que el Fernando Pessoa que habita el imaginario de Lisboa no se parece en nada al original. La ciudad le ha construido un heterónimo aburrido, triste y pobretón. Mi crónica contó todo esto, pero también habló acerca del hombre elegante, bromista y ambicioso que aparecía sin mucho esfuerzo al conversar con sus conocidos y al revisar los archivos.

Esa crónica es toda mirada e interpretación. Es la instantánea de la imagen que los lisboetas tenían de Pessoa en el verano de 2013, un paseo para entender la herencia del hombre que consiguió —con un eslogan ambiguo— que la dictadura del Estado Novo prohibiera la Coca Cola en territorio portugués (y esa, en realidad, no era su intención. Lo que le pasó a Pessoa fue la pesadilla de un publicista). Esa crónica ayuda a entender que una ciudad que proclama amar la poesía ha leído muy poco a su mayor poeta, y que Pessoa se multiplicó también después de su muerte, en otras miradas.

Yo soy escritora. Soy periodista. Soy traductora. Y también soy intérprete. Mis pasiones se encuentran en el cruce de caminos que es la palabra. Y en ese cruce de caminos me gusta estar, y moverme por uno, volver, tomar el otro, explorar. Viajar. Para mí, la crónica es mirar e interpretar un momento. Un espacio de tiempo —*cronos*— sobre el papel, que nos ayuda a entender algo o a alguien. La crónica —y el perfil— son los caminos que más disfruto recorrer, pero la intérprete que soy siempre me recuerda que lo que estoy haciendo es eso: una bella infidelidad, la reconstrucción de un momento desde lo que vieron mis ojos. ¿Cuánto perdí en el camino? ¿Qué detalle se me escapó?

Mientras estoy reportando, durante los meses en que una persona o un fenómeno o

una costumbre se me convierten en obsesión, intento dar con escenas reveladoras, fragmentos de tiempo que pueda reconstruir y que puedan explicarme a la persona-el hecho-el fenómeno del cual voy a escribir. Es un viaje sin certezas, quizás me cueste dar con la escena precisa. Quizás, en medio de mi trabajo de reportera, descubra que he estado trabajando montada en un prejuicio y, al mirarlo todo tanto de lejos como de cerca, termine por darme cuenta de mis sesgos. Como me pasó cuando fui a averiguar a los profesores de Cristiano Ronaldo cómo se cría a un arrogante y me encontré con la realidad de un discípulo humilde. Quizás la hipótesis sobre la cual comencé a trabajar se pruebe falsa apenas salga a la calle y converse con las personas, como cuando pensaba que todo el mundo en Lisboa se sabía de memoria, por lo menos, un verso de Pessoa. Quizás me toque reformularlo todo. Quizás. Quizás.

La falta de certezas del viaje que es el trabajo de ser reportera puede parecer extraña para quien lo mire todo con cinismo y concluya que no hay territorio por descubrir. Es cierto, no hay un rincón del planeta que no haya sido «descubierto» en el sentido de ser cartografiado, fotografiado, detectado por un satélite... Alguien ya escribió de ese lugar sobre el que vas a redactar. Alguien ya contó esa tradición que a ti te parece tan novedosa. Alguien ya caminó por ese territorio y describió esos paisajes. Alguien —o muchos— entrevistó a ese actor tan de moda y escribió sobre él. ¿Entonces? ¿Para qué existe la crónica si todo ya está contado? Yo creo que hay más de una historia por cada persona y en la mirada del cronista hay varias formas de contar cada una de esas historias. Con esa anécdota, con esos cuentos reales que va recogiendo por el camino, hacer una instantánea de un lugar del planeta en un momento determinado del tiempo. Y ahí viene el cronista, a llevarnos con él a habitar ese lugar por un momento, mientras leemos o vemos las imágenes conseguidas. Este proceso es tortuoso y bendito. Tortuoso porque lidiará con montañas de información, tanta que no conseguirá citar todo lo que le parezca

útil. Porque habrá inseguridad sobre el estilo, el tono, el camino escogido. Porque escribir es un proceso que consume tiempo y certezas. Bendito porque en el camino habrá conocido a nuevas personas, escuchado sus historias, entendido —o intentado entender— sus puntos de vista, ampliado la visión de un mundo en el cual, en el fondo, todos somos más parecidos que diferentes.

La mirada del cronista nos interpreta algo que no hemos percibido. O que optamos pasar por alto. Decía Gabriel García Márquez que una crónica es un «cuento que es verdad», porque la aspiración del escritor de no ficción es que su trabajo sea literatura.

“

**La aspiración del escritor de no ficción es que su trabajo sea literatura.**

”

Los narradores de las crónicas son omniscientes, nos hablan desde el futuro y nos van soltando pistas de lo que se viene. O van descubriendo la historia al mismo tiempo que nosotros. El narrador puede ser el autor en primera persona. O puede ser el otro. En la mayor parte de mis crónicas, la voz que nos informa siempre es de otro, aunque la voz narrativa sea la mía. Me gustan las crónicas corales, donde aparecen muchas personas para contar lo que saben sobre el mismo tema, porque sus puntos de vista distintos le dan otras texturas al texto, porque al final no hay una verdad escrita sobre piedra sino la suma de la fragilidad de varias memorias.

\*\*\*

La crónica es una literatura alimentada a través de los siglos. Mis padres fundadores particulares son José Martí y Rubén Darío, escritores que viajaron, contaron sus impresiones y, aunque a veces en sus textos no sea aparente, hablaron con mucha gente para que esa realidad ajena les fuese explicada y poder, después,

contárselo a los otros: sus editores, sus lectores, que nunca llegarían a esos lugares. Lo que no se nombra —lo que no se lee— no existe. A los escritores viajeros les debemos la construcción de la realidad que se forma en nuestras cabezas mientras nos concentramos en la lectura.

Y los escritores les deben bastante a los viajes. Lo reconoció Rubén Darío, el poeta nicaragüense, el Príncipe de las Letras, quien escribió que los viajes son bienhechores y precisos para los poetas. Cito a Rubén Darío en el prólogo a *Hombres y piedras. Al margen del Baedeker*, de Tulio M. Cestero:

Como está dicho, en lo que se refiere a lo contenido en ciudades y museos, no queda sino la sensación personal, que siempre es nueva, con tal de apartar la obsesión de autores preferidos y la imposición de páginas magistrales que triunfan en la memoria.

¿Ven? «La sensación personal, que siempre es nueva». Y de ahí, el cronista Rubén Darío nos dibuja su propio retrato de Valparaíso. O de Santiago. De Madrid. De París. O de la propia Nicaragua, cuando regresa tras varios años, convertido en un extranjero en su propia tierra.

José Martí, en sus apuntes de viaje, se conmueve, critica, empatiza. Sus crónicas laten como un corazón, como esta sobre la inauguración del puente de Brooklyn:

Palpita en estos días más generosamente la sangre en las venas de los asombrados y alegres neoyorquinos: parece que ha caído una corona sobre la ciudad, y que cada habitante la siente puesta sobre su cabeza: afluye a las avenidas, camino de la margen del río Este, muchedumbre premiosa, que lleva el paso de quien va a ver maravilla: y es que en piedra y acero se levanta la que fue un día línea ligera en la punta del lápiz de un constructor atrevido; y tras de quince años de labores, se alcanzan al fin, por un puente colgante de 3455 pies, Brooklyn y New York.



La crónica es un artilugio que nos revela los trucos de magia que hay detrás de los cartones postales. La crónica es un intento de entender al otro. A ese que nos define. A ese que no somos nosotros. Ese otro que puede ser nuestro vecino. O alguien que vive muy lejos.

La crónica es Tucídides contándonos la Guerra del Peloponeso. Es Heródoto. La crónica es Kapuściński escribiendo *Ébano*. La crónica es Alma Guillermoprieto contando los ascensores de Managua y diciéndonos que eran diez. Solo esa imagen nos remite a una ciudad chatita, sin edificios, sin rascacielos. Plana. Sintetizar una ciudad en una frase. Mucho más literario. Eso es lo que hace la diferencia.

La crónica también se trata de puntos de vista. El otro y nosotros. Insisto: el cronista es un intérprete, un traductor, alguien que va en busca del otro para intentar comprenderlo.

“

**El cronista es un intérprete, un traductor, alguien que va en busca del otro para intentar comprenderlo.**

”

Escribir, por cierto, no es un acto de magia. Nadie está caminando por su casa cuando, de repente, las imágenes invaden su cabeza y, en

un trance, salen párrafos contundentes que nos parecen gráciles al leerlos. Ya me gustaría que fuese así. En este proceso creativo no somos esos iluminados que dan con las palabras justas apenas nuestros lápices tocan la hoja —o nuestros dedos aprietan las teclas—. Somos unos trabajadores que intentan e intentan, que dan vueltas, que se enredan y desenredan hasta dar con la palabra correcta. Son ideas que martilleamos una y otra vez. Hay una idea en el fondo de cada crónica, más allá de la estética, del placer que nos produce su lectura. Presten atención: se trata de las ideas que hemos acumulado en ese intento de descifrar al otro, explicar la complejidad de un lugar, de una comunidad.

He insistido mucho en el otro. Porque yo estoy fascinada con los otros.

Al final es algo así. Hace siglos, en la antigua Grecia, los hombres se juntaban para cantar las gestas de sus tropas allá, lejos, donde el enemigo también era parte del relato. Ese otro se definía a partir del nosotros. Y Marco Polo y sus viajes y las maravillas que trajo del Oriente. Y los cronistas de Indias que iban documentando la conquista española, y justificándola en sus relatos. Y los exploradores que escribían sobre esos lugares lejanos. Y era bello y era novedoso y era aterrador. Viajar era aterrador.

¿Conocen esa frase «Navegar es preciso, vivir no es preciso»?

¿Fernando Pessoa? ¿Caetano Veloso?



No.

Esa frase es del general romano Pompeyo. En el año 70 a. C. le encargaron llevar trigo desde las provincias del imperio hasta Roma, que estaba pasando por una crisis de desabastecimiento y una rebelión de esclavos. La tripulación no quería salir de Sicilia, estaban cómodos ahí y en el mar había riesgo de ser atacados y asesinados por piratas.

Dice el historiador Plutarco que fue entonces cuando Pompeyo dijo:

*Navigare necesse est, vivere non est necesse.*

Y el siglo pasado, el poeta portugués Fernando Pessoa lo citaba al decir:

*Navegadores antigos tinham  
uma frase gloriosa:  
«Navegar é preciso; viver não é preciso».*

*Quero para mim o espirito desta frase,  
transformada  
A forma para a casar com o que eu sou: Viver não  
É necessario; o que é necessario é criar.*

«Quiero para mí el espíritu de esa frase». Y es una declaración poderosa, está dedicando su vida a la creación. Eso, también, hacemos los cronistas. Le dedicamos nuestra vida a hacer instantáneas del tiempo que vivimos. Hacemos de cada crónica una aventura. Sin abrumarnos. Perdemos el miedo al otro, escuchamos sus historias, aprendemos a ponernos en sus zapatos. Renunciamos a ser turistas que siguen rutas marcadas hasta en su propia ciudad. Perdemos el miedo a perdernos.

\*\*\*

Cuando tenía diecisiete años, me impresionó mucho *Noticia de un secuestro*, de Gabriel García Márquez. Me impresionaron las atmósferas, las certezas, los diálogos. Me impresionó la estructura. Pero lo que más me impresionó fue que los personajes —Beatriz Villamizar, Diana Turbay, Marina Montoya y Francisco Santos Calderón—, eran personas. Yo acababa de terminar

el colegio e iba a la universidad sin muchas pistas sobre mi futuro. Aquel libro fue la revelación: supe que en algún momento de mi vida quería hacer algo así. Reconstruir escenas de la realidad. Contar con ambición y belleza lo que pasa frente a nuestras narices.

Mientras escribo soy ambiciosa: escojo las ideas que le darán cuerpo a mi texto, escojo las escenas que representan mejor esas ideas, las reconstruyo. En la reconstrucción está mi mirada y la mirada de todos quienes me contaron cómo habían ocurrido las cosas. En esa escena debe latir la idea que quiero transmitir. Quiero que en la obstinación del niño que lanza una y otra vez el dardo entiendan, por ejemplo, que Cristiano Ronaldo no se permitía perder ni a la hora del recreo.

Me gusta tanto escribir porque me gusta captar las sutilezas de los movimientos de las personas, los silencios, las miradas. Concentrarme. Escuchar. Empatizar. Y entender y ser capaz de interpretar ese mundo ajeno para alguien más. Y una vez que las ideas están tomando forma, comenzar a ponerlas en el papel.

Una crónica es el resultado de un trabajo riguroso. Es sustentar ideas complejas con andamios de escenas en apariencia simples, con datos históricos, con opiniones corales, con referencias pop, con observaciones casuales, con datos científicos, con citas breves y potentes, con fragmentos de libros de literatura o de textos de divulgación científica. Con todas esas herramientas. Con otras. O con un par de ellas. Es mirar e interpretar. Es intentar contener a un otro—un hecho—un fenómeno, a *cronos* —el tiempo— en una hoja.